

LA VIDA RELIGIOSA HOY Y EL CARISMA AGUSTINIANO

En relación con todo lo anteriormente expuesto, es posible afirmar que la experiencia de Agustín y su peculiar concepción de la consagración religiosa debe ser tenida en cuenta en el actual planeamiento sobre la identidad de la vida religiosa.

No pretendemos, por supuesto, entrar aquí en la discusión de los especialistas sobre el *carisma específico* del ideal agustiniano de vida religiosa, cuestión primordialmente teórica y, en todo caso, sólo decisiva para quienes profesamos la vida religiosa dentro de la tradición agustiniana. Nuestro intento es diferente, y se cifra en subrayar algunos *rasgos básicos* de la teología agustiniana de la vida religiosa que creemos válidos e iluminadores hoy para cualquier hombre o mujer que abraza la práctica de los consejos evangélicos y busca vivir su cristianismo en la Iglesia y en el mundo en la forma concreta de consagración religiosa.

De hecho, las fórmulas propuestas por los especialistas para resumir el carisma agustiniano—"interioridad", "santa comunidad de amor", "vida social", "vida común perfecta", "amistad", "perfecta comunión de bienes"... entre otras— reflejan todas ellas un innegable fondo de universalismo evangélico. Y apuntan en una única dirección: un cristianismo radical y apasionadamente vivido, con primordial sentido comunitario, capaz de realizar de modo multiforme el encuentro y el servicio con/a Dios y el hombre. La notable capacidad del pensamiento de San Agustín para conectar con la sensibilidad del hombre de hoy—recientemente subrayada por el papa en su carta apostólica *Augustinum Hipponensem*, con motivo del XVI centenario de la conversión de San Agustín—se hace patente también en el campo de la vida religiosa. Al religioso de hoy, inquieto sobre su propia identidad e inserción en la Iglesia y en el mundo, ofrece el mensaje teológico agustiniano algunos rasgos básicos realmente orientadores. Rasgos que, brevemente, resumiríamos en los siguientes:

Preocupación por el hombre

Nuestra cultura es hoy marcadamente antropocéntrica, y la Iglesia no puede vivir de espaldas a las angustias y esperanzas de los hombres de nuestro tiempo (GS, 1). Ser religioso no significa—no debe significar—aislarse de la humanidad: la espiritualidad de una pretendida "fuga del mundo" no puede servir de disculpa para eludir el compromiso en el mundo, campo de siembra y construcción del Reino. "Soy un ser humano, y nada de lo que es verdaderamente humano me es ajeno" (Cart. 78,8), debería ser el lema agustiniano encarnado hoy por los cristianos comprometidos con la vida religiosa: siempre preocupados por el hombre, sus problemas existenciales, el sentido de su vida y de su amor. El respeto por la persona humana y su dignidad, la sensibilidad ante lo humano el diálogo con las culturas y los humanismos actuales, la aceptación de los valores humanos y su legítima autonomía, la sintonía con los más profundos anhelos de la humanidad... son otros tantos rasgos que debían caracterizar al religioso de hoy ante ese hombre que muere por falta de pan y también por intentar vivir sólo de pan (Enarrac. 33,2,15).

Una búsqueda incesante

Una cultura en crisis es, necesariamente, una cultura de la búsqueda. Crisis y búsqueda de sentido, de verdad, de bien, de felicidad, de paz. Desde esta perspectiva, optar por el hombre no equivale de ninguna forma a marginar a Dios. El cristiano/religioso es un profesional de la

búsqueda de sentido humano y, por eso mismo, un testigo de la oferta de plenitud y salvación que viene de Dios. Nunca como poseedor instalado de la verdad, sino siempre como compañero de camino de sus hermanos los hombres en la aventura de descubrir la vida. Buscar para encontrar y encontrar para seguir buscando (La Trin. 15,2,2), buscar continuamente con la esperanza de encontrar (Serm. 169, 15,18), caminar por el camino que es Cristo para llegar a la plenitud de la verdad y de la vida (Serm. 141,4,4) he ahí las actitudes de ese gran buscador de la verdad y el sentido de la vida que fue—su biografía nos lo confirma—Agustín. Actitudes y testimonio hoy más necesarios que nunca, y que formulan parte sin duda de la dimensión profética de la vida religiosa.

Comunidad y relaciones interpersonales

La soledad y la masificación/manipulación son, paradójicamente, dos de las principales amenazas para la humanidad. ¿Cómo vivir con plenitud en una sociedad así, que unas veces nos abandona y otras nos manipula? ¿Qué respuesta ofrece el cristianismo a este reto? No hay ninguna manera más plena y auténtica de ser hombre y cristiano —responde Agustín con su experiencia y con su palabra—que vivir en comunidad. Necesitamos de los demás para ser nosotros mismos (Enarrac. 125,13), porque es un destierro la vida sin amigos (Sobre la fe, I,2). Y el religioso ha optado por un modo de vida capaz de encarnar este ideal: vivir en fraternidad, crear comunidad, ser modelo de una Iglesia-comunidad-de-comunidades y de un nuevo tipo de relaciones interpersonales fundadas en el compartir, el servir, el amar, frente a los ídolos del tener, poder y gozar desde el egoísmo.

Equilibrio entre la acción y la contemplación

Un dilema importante, simbolizado en la tensión dialéctica entre el "filósofo" y el "revolucionario", entre el "orar" y el "hacer". ¿Quién, en el acelerado mundo actual, no se ha sentido perplejo ante la alternativa? Siempre desde su experiencia reflexionada, la palabra de Agustín es luminosa como pocas en este aspecto: "Nadie debe estar tan embebido en las cosas de Dios que se olvide de los hombres, sus hermanos. Ni tan inmerso en las cosas de los hombres que se olvide de las cosas de Dios. El amor de la verdad requiere un ocio santo. La necesidad del amor exige un negocio/trabajo justo" (La ciudad de Dios, 19,19). Orar y trabajar son dos formas inseparables de amar. Y el religioso—también hoy más que nunca—está llamado a testimoniar la posibilidad real de esta síntesis armoniosa y equilibrada, frente a un mundo —incluso y especialmente frente a un "mundo cristiano"— que pretende refugiarse en Dios y la oración para desentenderse de los problemas humanos o que multiplica el trabajo/actividad pero se olvida de Dios y del mismo hombre.

Sentido eclesial

La Iglesia —autoproclamada luz de las gentes y sacramento universal de salvación—es hoy contestada e incluso considerada piedra de tropiezo en el camino hacia Dios. Vive un doloroso camino de renovación y un intenso esfuerzo de evangelización. Ser religioso es para San Agustín vivir como "cristiano perfecto en la Iglesia" (Contra la carta de Petiliano, 2,104). La Iglesia, imagen en la tierra de la Ciudad de Dios celestial, es el modelo del nuevo mundo renovado en Cristo. Y la comunidad religiosa quiere ser una pequeña y ejemplar Iglesia, capaz de transmitir la fuerza del Evangelio hecha vida en un contexto concreto. Ser auténticamente Iglesia es el primer servicio del religioso al mundo de hoy: un servicio realizado después en la multiforme pluralidad de la contemplación y la acción, como "avanzadilla" de la presencia maternal de la misma Iglesia en el mundo. La eclesialidad es nota fundamental y normativa de la vida religiosa, fruto carismático de la

propia vitalidad eclesial. Y éste es también un punto importante hoy a la hora de revisar el presente y el futuro de las instituciones religiosas, a veces tentadas de centrarse más en intereses particulares que en las "necesidades de la Madre Iglesia" (Carta 48,2-3)

Interioridad y evangelización

"No andes por fuera, entra dentro de ti mismo: en el hombre interior se encuentra la verdad". (La verd. relig. 39,72). "Si no reparto la Palabra de Dios, si me guardo el tesoro, me aterroriza el Evangelio" (Serm. 329,4) Otro de los grandes temas agustinianos: la interioridad, la reflexión, el silencio, para recibir el alimento de la Palabra y poder después ofrecerlo al pueblo (Serm. 309,3), uniendo el afán evangelizador a la propia espiritualidad. Todo un programa—y quizás un nuevo reto—para el hombre, el cristiano y el religioso de hoy, en un mundo cansado de "vendedores de palabras" y necesitado de testigos auténticos de la profundidad de Dios. Ser hombre de Dios para los hombres es la difícil y apasionante tarea del religioso, en una Iglesia que quiere ser evangelizada y evangelizadora. Son secundarias las formas, es imprescindible el talante: y en ambas dimensiones debe aportar su riqueza la vida religiosa a cada una de las Iglesias locales en que se inserta.

Cristo y los pobres

La realidad de una situación de injusta pobreza y marginación es uno de los problemas más candentes de la actualidad mundial que impulsa a la Iglesia—desde los pueblos del tercer mundo, pero sin limitarse a este ámbito geográfico—a una opción preferencial, comprometida y evangélica, por los pobres. Y, como ya hiciera notar el mismo Pablo VI (Evangelica testificatio 19), es imposible pensar actualmente en la pobreza religiosa al margen del grito de los pobres: no basta la autoridad ni la simple dependencia jurídica en el uso de los bienes materiales: el sometimiento a la ley común del trabajo, la solidaridad real con los pobres y la lucha activa por la justicia son hoy elementos integrantes del "voto de pobreza". San Agustín, con su acostumbrada clarividencia y profundidad, nos dará cabalmente la razón teológica de tal afirmación: Cristo se hizo pobre y está en la tierra presente en los pobres, los miembros más débiles y necesitados de su cuerpo. Son como "los pies del Señor" (Trat. sobre la cart. de Jn. 10,8), y nadie puede decir que sirve a su Cuerpo, la Iglesia, si no sirve o incluso menosprecia y pisotea sus pies. Tan propio del religioso como la oración o la vida común es —y para eso vive austeramente— compartir y solidariamente con los pobres (Cart. 48,3).

Sentido liberador y profético de los votos

Con frecuencia surge en nuestros días el interrogante sobre el valor real y la significación para el hombre de hoy de los consejos evangélicos vividos como votos según la tradición eclesial. ¿Dicen algo en verdad, son significativos—y significativos de la plenitud del Reino—en el contexto de un mundo como el nuestro? La pregunta es grave, y la respuesta debe ser por ello precisa: si con tal de que se asuman con verdadero espíritu evangélico. Es decir, con tal de que sean vividos libre y gozosamente, no como simple renuncia/ascetismo sino como denuncia de una sociedad esclavizada por los ídolos (tener, poder, gozar) y liberación de los mismos, ofreciendo la posibilidad encarnada de una nueva y más plena forma de vivir, en la línea de las Bienaventuranzas. Porque a la luz del Reino y del seguimiento del Jesús histórico, el hombre comprende—en palabras de Agustín—que "es mejor necesitar poco que tener mucho" (Regla, c. III) considerando a Dios como el único tesoro (Serm. 355,1,2), que la castidad es una forma plena de amar (Serm. 116,11), que la obediencia es disponibilidad plena.